

Catàleg

**«Segadores y
golondrinas»**

Baixaven a Santa Bàrbara; descendien pel camí de Trencabraços, a la vora del cementeri, i entraven al poble ja al so de les guitarres rodejats de tots els xiquets del poble; els xiquets acudien a rebre'ls, i els seguien després fent crits al llarg dels carrers, i el poble —l'aire— s'omplia amb l'alegria dels segadors, amb l'arribada dels segadors.

Els venien, en efecte, amb el bon temps, amb la primavera, quan les tardes es feien llargues —podíem jugar a la sortida de l'escola—, quan l'aire es feia suau —feia olor de frígola, a romaní, a xuclamel—, i al cel, d'un blau clar, meravellós, apareixien les primeres orenetes.

Jo, per això, associava sempre en el meu record els segadors i les orenetes; els uns i les altres arribaven a la primavera, amb un despertar d'alegries, i se n'anaven a la tardor, quan els dies s'acurçaven —ja no podíem jugar a la sortida de l'escola—, queien les fulles dels arbres, el paisatge i el poble s'enfosquien i davallaven les primeres gelors de les muntanyes.

També les orenetes marxaven en bandades, com els segadors; marxaven envers climes més benignes, envers terres conegudes i remotes; però, home o oreneta, sempre n'hi havia que es quedaven: sempre n'hi havia que no tornaven a la seva terra, i també en això s'assemblaven.

«Segadors i orenetes», *Totes les narracions del Delta*, 2022,
pp.312-313

«Segadors i orenetes». Dins *Totes les narracions del Delta*. Barcelona: Proa, 2022, pp.311-327.

Relatos del Delta

SEGADORES Y GOLONDRINAS
=====

En las temporadas de las faenas venían a nuestras tierras los segadores; eran segadores, y "plantadores", pero allí se les llamaba los segadores, y más comunmente aún "los valencianos".

Los segadores procedían, en efecto, de Valencia, o mejor de los pueblos de Valencia en los cuales se cultivaba el arroz; lo hacían desde Sueca, de Alcira, desde Játiva, ^{y Cella} lejana, y hasta de Cullera, casi en la propia capital; y eran hombre entendidos en aquel menester, habilísimos en todas las faenas.

Venían los segadores, "los valencianos", en dos épocas, en dos temporadas distintas: por el trasplante del arroz, "la plantada", y por la siega.

La "plantada" daba principio en el mes de abril y duraba hasta entrado Mayo; ~~coincidía, pues, con la primavera.~~ La siega empezaba en Septiembre y terminaba a fines de Octubre; ~~ya con los primeros fríos.~~ ~~Con los primeros fríos,~~ Los segadores regresaban ^{entonces} a sus tierras.

Tras la marcha de los segadores se estaba ya en invierno; los

días se acortaban; las riberas quedaban, pue de decirse, desiertas, desoladas, y una sombra de tristeza parecía extenderse sobre el pueblo.

A mí estos días me traían inevitablemente al pensamiento una canción antigua, una canción que había oído no sé dónde, o que había leído, tampoco sé adónde; en ella se hablaba, no se segadores, no de valencianos y tampoco de nuestras tierras; en ella se hablaba de pastores, de pastores que se iban también a sus tierras, pero aquí a Extremadura, de manera que el motivo, la tristeza, la soledad, eran los mismos; en ella hallaba yo, por esto, la expresión exacta de la desolación, de la tristeza que quedaba en nuestras tierras, tras la marcha de los segadores.

Ya se^x van los pastores
de Extremadura,
ya se queda la tierra
triste y oscura.

Triste y oscura sí quedaba nuestra tierra, nuestro pueblo, tras la marcha de los segadores, más triste y oscura por cuanto ellos, a diferencia de los pastores, venían con sus guitarras, y por las noches el pueblo se llenaba con las canciones, ~~con las notas de los instrumentos. Terminada la siega, se iban como había venido; se iban en grandes cuadrillas por las sendas de los olivares, en busca de la estación; iban también con sus guitarras, con sus canciones, y lo que a la llegada, parecía alegre salutación, era ahora triste despedida; se alejaban así, al son de sus guitarras; y luego el campo, el pueblo, se quedaba triste - triste y desolado -; parecía como si con ellos se alejase algo de familiar y de entrañable;~~

4 ~~B~~ Relatos del Delta

Golondrinas y segadores
del Delta

En las temporadas de los faucos venían a estos deltas los segadores; eran segadores, y "planchados", pero allí se les llamaba los segadores, y más concretamente así: "los volceiros".

Los segadores procedían, en efecto, de Valencia, o más bien de los pueblos de Valencia en los cuales se cultivaba el arroz; los había desde Sueca, de Alcira, desde Játiva, de Sagunto, y otros. Játiva ~~recibió~~ hasta de Sagunto, casi en el propio capital, y era muy bien entendido en aquel ~~capital~~ ^{que me acuerdo} ~~por~~ ^{los} volceiros en todo los pueblos.

Venían los segadores, los volceiros, en dos épocas, en dos temporadas distintas: por el transporte del arroz, "el plantado", y por el siega.

4
Relatos del Delta

—

Re

Los valencianos

—

En los tiempos de los faenes
venían los valencianos; y cuando de todo
en el pueblo de Valencia, onde se cultivaba
el arroz, se se fátine una la foguè d
capital / y eren subministrats en ^{el} ~~el~~ ~~el~~
^{cultivo} faenes, malilinos / en los ~~los~~ los
faenes.

Venían los valencianos en dos tiempos
épocas, en dos temporadas distintas; ve-
nían por la plauada y por la siega.
La "plauada", o la plaua, ~~era~~ era en mayo
o el mes de abril y duraba hasta el
entlo mayo; curcudie, fue, en la

«Segadores y golondrinas», original autògraf amb addicions en quartilles. 9 ff. Mecanoscrit i manuscrit. [ACMO / Fons SJA 380-14-2988]

Relatos del Delta

SEGADORES Y GOLONDRINAS

de un ángel, por el viento, y se veía

En las temporadas de las faenas venían a nuestras tierras los segadores; eran segadores, y "plantadores", pero allí se los llamaba los segadores, y más comúnmente aún "los valencianos". Los segadores procedían, en efecto, de Valencia, o mejor de los pueblos de Valencia en los cuales se cultivaba el arroz; lo hacían desde Busca, de Alcira, desde Játiva "lojana y bella" y hasta de Guillera, casi en la propia capital; eran hombres entendidos en aquel menester, habilísimos en todas las faenas.

Venían los segadores, "los valencianos", en dos épocas, en dos temporadas distintas por el trasplante del arroz, "la plantada", y por la siega.

La "plantada" daba principio en el mes de abril y duraba hasta entrada Mayo. La siega empezaba en Septiembre y terminaba a fines de Octubre. Los segadores regresaban entonces a sus tierras.

Tras la marcha de los segadores se estaba ya en invierno; los días se acortaban; las riberas quedaban, puede decirse, desiertas, desoladas, y una sombra de tristeza parecía extenderse sobre el pueblo.

A mí estos días me traían inevitablemente al pensamiento una canción antigua, una canción que había oído en mi infancia, o que había leído, tampoco sé adónde; en ella se hablaba, no de segadores, no de valencianos y tampoco de nuestras tierras; en ella se hablaba de pastores, de pastores que se iban también a sus tierras, pero a mí me a Extremadura, de manera que el motivo, la tristeza, la soledad, eran los mismos; en ella hallaba yo, por esto, la expresión exacta de la desolación, de la tristeza que quedaba en nuestras tierras, tras la marcha de los segadores.

Ya se van los pastores de Extremadura, ya se queda la tierra triste y oscura.

Triste y oscura sí quedaba nuestra tierra, nuestro pueblo, tras la marcha de los segadores, más triste y oscura por cuanto ellos, a diferencia de los pastores, venían con sus guitarras, y por las noches el pueblo se llenaba con las canciones.

Ellos venían en efecto, con el buen tiempo, con la primavera, cuando las tardes se hacían largas - podíamos jugar a la salida de la escuela -; cuando el aire se hacía suave, se oía a toallo, a roncero, a madreoliva, en el cielo de un azul maravilloso, aparecían las primeras golondrinas.

Yo, por esto, juntaba siempre en mi pensamiento a los segadores y a las golondrinas; uno y otros llegaban por la primavera, con un despertar de alegrías, y se iban por el otoño, cuando los días se acortaban - ya no podíamos jugar a la salida de la escuela -, se desprendían las hojas de los árboles, el paisaje y el pueblo se ensombrecían, y desde las montañas, descendían los primeros fríos.

También las golondrinas se marchaban en bandadas, como los segadores; se marchaban hacia climas más benignos, hacia tierras conocidas y remotas; pero, hombre o golondrina, siempre se quedaban algunos; siempre había algunos que no regresaban a su tierra y también en esto se parecían.

Las golondrinas, en los días lluviosos - ¡qué agradables, qué hermosos eran los días lluviosos! - se refugiaban bajo los aleros; terminada la lluvia, cayendo aún las últimas gotas - era el momento mejor -; salían los niños a correr por las calles y salían a volar las golondrinas; las golondrinas, bajo la lluvia - cayendo aún las últimas gotas - pasaban raudas, velocísimas, a ras de tierra, a lo largo de las calles del pueblo.

Entonces los niños se araban de largas, de finas cañas, cimbreadas que portaban en los cuaveros del río; los ataban un alambre en la punta y atados así, se apostaban en las esquinas, esperando el paso de las aves.

Yo hacía falta que golpearan; los bastaba con sacarla, hacia el centro de la calle, allí por donde las aves pasaban y los niños, casi rozando el suelo. No tardaba en oírse el golpe, a veces a una, a veces a varias - a veces ni se oía - y se veía caída a la golondrina, en un instante, en un instante acostado con las alas el fango, luchando en vano por alzarse de nuevo, por emprender de nuevo el vuelo. El niño dejaba la caña; corría hacia el ave, con el rostro anhelante de gozo; la cogía y la hundía en su seno bajo la camisa.

Era una que no se aprendería ya la marcha; era una que se quedaba allí para siempre.

Había otras que no se sabe por qué a la hora del regreso se rozaban, y éstas eran las que causaban más pena; eran pocas, pero las había; tal vez las engañaba un día de sol, con el deseo de gozarlo; las sorprendía quizá un cambio brusco en el clima y no se sentían ya con fuerzas para emprender el viaje; quizá se sintiesen débiles o enfermas, esperaban mejorar y les pasaba el momento.

A éstas se las veía solitarias, luchando con los primeros cielos, curvando el azul con vuelo torpe, paridas, o acurrucadas bajo los aleros; una mañana, después de una noche de frío, se las encontraba yertas por los suelos, por el borde de las calzadas, y tampoco éstas emprendían la marcha con sus compañeras; *teníanlo él se quedaba allí por nieve.*

Con los segadores corrían casos parecidos; un año era uno que se hirió con la hoz; se le infectó la herida, murió tras una horrible agonía y se le sepultó en nuestro cementerio, en el

en la su el abeer, en la ma, hca apibla -)
typ, en ultimo pto de lene

- 4 -

en la tarde gris de Septiembre; llevaban las guitarras enfundadas, colgadas en la espalda, e iban en silencio, sin canciones, por la senda de los olivares, en la gran soledad; uno de ellos llevaba el reloj del muerto; llevaba el dinero de la siega para darlo a la joven esposa, y la guitarra, que había tocado con tanta gracia y que no podría ya tocar; pero él no iba; él se había quedado allí, en el pequeño cementerio del pueblo y para siempre; iban así, sin canciones, casi sin palabras, sin alegría; sólo de vez en cuando hacían un comentario breve.

Li dirà l'àngelo, no àngelo? *- I qui li dirà a la dona?*

- Es el que ho fa millor, perquè a la vegada sap aconsolar.

L'àngelo callà, acceptant el trist encàrrec. *El àngel callà, acceptant el trist encàrrec, però...*

Ells tornaven: i més ell, que no sabia quan n'hi havia prou, on havia d'aturar-se.

- El vi te això, digué ara l'àngelo. *- Digui alme el àngel - che, que mala pata!*

- Tan bó que era - repetí otro -, tan bó que era, que no tenia res seu... *Quina mala idea, Deu!...*

Proseguían, después, en silencio, y todos tenían el mismo pensamiento: todos pensaban en la joven esposa, en los hijos, que le esperaban allá en el pueblo.

- Que mala pata, ohé!

Las golondrinas venían a nuestras tierras con la primavera, y se quedaban hasta últimos de otoño, cuando soplaban los primeros fríos; los segadores venían también por la primavera, para la "plantada"; terminada la "plantada" se volvían; pasaban dos, tres meses, y los tenían mos de nuevo entre nosotros, esta vez para la siega. Terminada la siega, ya con los primeros fríos, los segadores regresaban a sus tierras, y por este mismo tiempo, con los primeros fríos, se iban también las golondrinas; se iban éstas en nutridas bandadas, por el cielo; ellos se iban en grandes grupos, por la tierra; no obstante, segadores y golondrinas, siempre había algunos que se quedaban entre nosotros, que no podían emprender el regreso; ya era uno que se clavó "una tarrancada", se le infectó la herida, se le declaró la "gangrena" y murió en el hospital, o en una casa del pueblo, donde le hubiesen recogido; ya era el otro, que se cortó con la hoz y murió también a consecuencia de la herida; ya era aquel, que se mojó en un día de tempestad, no se mudó de ropas, atrapó una pulmonía, de que no logró salir, o era aquel otro, también, que, como Goro, habiendo bebido dos copas de más, se empeñó en una proeza loca, donde pereció; murió allí y fue enterrado, como los otros, en el cementerio del pueblo, en aquel cementerio, donde los valencianos empezaban a formar un pequeño cementerio.

Las golondrinas seguían un destino paralelo; entre éstas, estaba la que en un día de lluvia caía abatida sobre el fango - en los pequeños charcos de la lluvia -, y echada de costado, movía las alas desesperadamente, e inútilmente, golpeando el barro; estaba la otra, que se introdujo en su nido, con sus crías, debajo del balcón, cuando los chiquillos lo destruían a pedradas, o con hierros, y murió allí con sus crías; estaba aquélla que, incomprensiblemente, se retrasó en la partida; vinieron los fríos, no se sintió con fuerzas para emprender el viaje y una mañana de Diciembre, después de una noche muy fría, se la encontró yerta al borde del camino.

Golondrinas y segadores venían por la primavera y se volvían en otoño; segadores y golondrinas, siempre había algunos que no lograban emprender el viaje; quedaban aquí los segadores, mientras sus compañeros se iban con sus guitarras, con sus canciones por las veredas de los olivares; quedaban aquí las golondrinas, mientras sus compañeras, remontaban el aire, con sus grandes bandadas, y trazaban giros jubilosos en el alto cielo, en la alegría del viaje; golondrinas y segadores, seguían todos los años las mismas rutas, unos por el cielo, otros por la tierra; salvo los muertos - segadores y golondrinas -, que no podían emprenderlo y se quedaban aquí, para siempre; unos y otros, seguían los mismos caminos, tenían un destino parecido, y por esto yo los comparaba.

- i més en ell, que us veia més quan en tenia prou, on havia d'aturar-se.

- 4 -

en la tarde gris de Septiembre; llevaban las guitarras enfundadas, colgadas en la espalda, e iban en silencio, sin canciones, por la senda de los oliveros, en la gran soledad; uno de ellos llevaba el reloj del suerto; llevaba el dinero de la siega para dárselo a la joven esposa, y la guitarra, que había tocado con tanta gracia y que no podría ya tocar; pero él no iba él se había quedado allí, en el pequeño cementerio del pueblo y para siempre; iban así, sin canciones, casi sin palabras, sin alegría; sólo de vez en cuando hacían un comentario breve.

- Li dirá l'àngel, no anéelo?

- En el que no fa millo, venus a la vora san aconsejar.

L'àngel calla, acceptant el trist encarrec.

Ella tornava i nés all, que no sabia quan n'hi havia prou, en havia d'aturar-se.

- El vi te aió, dirá ara l'àngel.

- Tan bó que era - repetí otro -, tan bó que era, que no tenia res seu... Quina mala idea, Deu!...

Proseguían después, en silencio; y todos tenían el mismo pensamiento: todos pensaban en la joven esposa, en los hijos, que le separaban allí en el pueblo.

- Que mala pata, eh!

Los golondrinas venían a nuestras tierras con la primavera, y se quedaban hasta últimos de otoño, cuando soplaban los primeros fríos; los segadores venían también por la primavera, para la "plantada"; terminada la "plantada" se volvían; pasaban dos, tres meses, y los tonidos de nuevo entre nosotros, esta vez para la siega. Terminada la siega, ya con los primeros fríos, los segadores regresaban a sus tierras, y por este mismo tiempo, con los primeros fríos, se iban también las golondrinas; se iban éstas en nutridas bandadas, por el cielo; ellos se iban en grandes grupos por la tierra; no obstante, segadores y golondrinas, siempre había algunos que se quedaban entre nosotros, que no podían emprender el regreso; ya era uno que se clavó "una taranada", se le infectó la herida, se le declaró la "gangrena" y murió en el hospital, o en una casa del pueblo, donde le hubiesen recogido; ya era el otro que se cortó con la hoz y murió también a consecuencia de la herida; ya era aquel, que se mojé en un día de tempestad, no se quitó de ropas, atrapé una pulmonía, de que no logró salir, o era aquel otro, también, que, como Goro, habiendo bebido dos copas de más, se capeó en una proeza loca, donde pereció; murió allí y fue enterrado, como los otros, en el cementerio del pueblo, en aquel cementerio, donde los valencianos empezaban a formar un pequeño cementerio.

Las golondrinas seguían un destino paralelo; entre éstas, estaba la que en un día de lluvia caía abatida sobre el fango en los pequeños charcos de la lluvia -, y echada de costado, movía las alas desesperadamente, e inútilmente, golpeando el barro; estaba la otra, que se introdujo en su nido, con sus crías, debajo del balcón, cuando los chiquillos lo destruyeron a pedradas, o con hierros, y murió allí con sus crías; estaba aquella que, incomprensiblemente, se retrasó en la partida; vinieron los fríos, no se sintió con fuerzas para emprender el viaje y una mañana de Diciembre, después de una noche muy fría, se la encontró jerta al borde del camino.

Golondrinas y segadores venían por la primavera y se volvían en otoño; segadores y golondrinas, siempre había algunos que no lograban emprender el viaje; quedaban aquí los segadores, mientras sus compañeros se iban con sus guitarras, con sus canciones por las varadas de los oliveros; quedaban aquí las golondrinas, mientras sus compañeros, remontaban el aire, con grandes bandadas, y trazaban giros rubiosos en el alto cielo, en la alegría del viaje; golondrinas y segadores, seguían todos los años las mismas rutas, unos por el cielo, otros por la tierra; salvo los suertos - segadores y golondrinas -, que no podían emprenderlo y se quedaban aquí, para siempre; unos y otros, seguían los mismos caminos, tenían un destino parecido, y por esto yo los comparaba.